

nes, sus años de eclipse. Las imaginaciones florecieron muy pronto, los frutos maduraron como consecuencia necesaria de este adelantado florecimiento; pero el cierzo y el hielo sobrevinieron, y en gran parte acabaron por desgracia con aquella riquísima cosecha. Una república democrática fué sustituida por un imperio militar; y la agitación del pensamiento por la agitación de las campañas, y el brillo de las ideas por el brillo de las bayonetas, y el gobierno de la democracia por el gobierno de los Césares, y la propaganda por la conquista, y la voz de la tribuna por la voz de los cañones, y aquel anfictionado de los pueblos con que soñaban las armas generosas por una especie de dios guerrero, que así tenía en sangre los desiertos como los aludes, y así pasaba sobre las Pirámides como sobre los Alpes, y así corría á las orillas del río Beresina como á las orillas del mar Rojo, y así fulminaba sus rayos desde las cimas del Pirineo como desde las cimas del Tabor; titánico genio, creyéndose á sí mismo un Prometeo desencadenado con derecho á encadenar á la humanidad, y á tener en esta obra de esclavitud y de retroceso por cómplice á Dios y por meta una monarquía universal, bajo cuya corona se viese brillar una omnipotente democracia. Pero al fin y al cabo esta obra suya no fué más que una obra de reacción. Los tiempos guerreros renacían en la edad del trabajo. La consagración del bárbaro principio de la fuerza reemplazaba á la consagración del gran principio del derecho. Los pueblos quedaban á merced completamente de la conquista. Proclamábase el sufragio universal como una sanción más de omnipotencia cesarista, y las ideas del 89 como un matiz más de la aureola que llevaba sobre sus sienes mesiánicas el César omnipotente. Una aristocracia de cuartel reemplazaba á la antigua aristocracia del nacimiento y de la cuna. Un Carlo Magno de club lograba que el Papa ciñese la corona de los emperadores católicos á la frente cubierta por la sombra del gorro frigio. Una monarquía se fraguaba á la alta temperatura de la guerra y en la boca humeante de los cañones. Pero en medio de todo, en esta atracción y repulsión de las fuerzas sociales, en este flujo y reflujo de las pasiones políticas, en este apogeo y perigeo de la nueva sociedad, quedaban definidos y consagrados como el Decálogo en las cumbres ardientes del Sinaí, un número de principios á los cuales tenían ya que obedecer por fuerza desde aquel día en adelante la conciencia y su encarnación necesaria, la humana sociedad. Por mucha reacción oriental que se haya querido mezclar á la vida griega, queda Grecia y su aparición en la Historia como una de las primeras iniciaciones del hombre en el arte; por mucha reacción pagana que se haya querido mezclar al cristianismo, quedó Cristo como el revelador del espíritu y de su origen y su fin divinos; por mucha reacción católica que se haya querido poner á la reforma, queda Lutero como el revelador de la conciencia humana y de su individualidad; por mucha reacción monárquica que se haya levantado contra la revolución francesa, quedan sus grandes apóstoles, sus tribunos, sus filósofos como los fundadores de la moderna democracia y el espíritu de la revolución como la plenitud del espíritu moderno.



CAPÍTULO SEXTO

Los Bautistas de la Revolución

La revolución tuvo su período de iniciación en los grandes filósofos que divulgaron la ciencia y la convirtieron por medio de la Enciclopedia en el sentido común; su período de preparación en los Reyes filósofos, verdaderos impulsores de esta tendencia laica que ha concluido con el antiguo espíritu de la Edad Media; su período de explosión desde la subida de Turgot al ministerio hasta la noche del 4 de Agosto de 1789 en que proclamó la Asamblea constituyente los derechos fundamentales humanos; su período de solución desde el 4 de Agosto hasta la muerte de Robespierre; su período de reacción desde la muerte de Robespierre en adelante, época que está representada por estos tres términos fatalmente enlazados: El Directorio, el Imperio, y la Restauración. Descomponiase en la última centuria, cuando aparentemente era más fuerte, la monarquía absoluta. La sociedad moderna la había creado desde el siglo XIII al siglo XV, la había sostenido durante tres siglos con verdadera pujanza, y comenzaba á fines del siglo XVIII á destruirla. No hay cosa tan durable como estas obras, las cuales nacen y mueren á manera de las obras cósmicas, en el seno de la sociedad tan pródiga y tan fecunda como el universo mismo. Antes del siglo último la institución monárquica recibió mortal herida. Un Rey subió en pleno siglo XVII del trono al cadalso. Muchas veces los Reyes habían ajusticiado á los Reyes como el primer representante de la dinastía angevina al representante último de la dinastía Suabia en las plazas de Nápoles, como el primer representante de la bastarda dinastía de Trastámara al representante último de la antigua dinastía

de Borgoña en los campos de Montiel. Pero hasta entonces no se había visto un pueblo en revolución, un Parlamento en armas, un ejército regular, unos jueces legalmente constituidos, ajusticiar á un Rey como Inglaterra ajustició á Carlos I; suceso de una inmensa resonancia en todos los tiempos y de una inmensa trascendencia á toda la Historia. Sin embargo, como este hecho sucedió en una isla que aparece tan apartada del continente, así por su posición geográfica como por el carácter individualista de sus isleños, no tuvo en la vida el inmenso influjo que hubiera tenido de suceder y de realizarse en el centro de nuestro continente y en pueblo tan comunicativo como el pueblo francés. La monarquía, á pesar de la primera revolución británica, continuaba fortaleciéndose en toda Europa, con el gobierno de Luis XIV en Francia, con la voluntad de Felipe V sucediendo á la impotencia de Carlos II en España, con el pensamiento de Pedro el Grande en Rusia, con María Teresa y Federico el Grande en pugna siempre, que la afirman y robustecen por todo el Norte y el Oriente de Europa. Mas ¡ay! esta fuerza y esta pujanza son aparentes, y en realidad más que robustez indican la violencia, precursora de irreparables catástrofes.

Sucedió en el siglo XVIII la inmolación de un pueblo heroico, la inmolación de Polonia. Tres Reyes la dividieron, la desmembraron, y se repartieron sus despojos como los sayones romanos la túnica de Cristo. Aquella desmembración de una grande nacionalidad histórica, aquel trancimiento de un pueblo vivo cuyo ánimo nos había defendido en mil ocasiones y nos había salvado de mil catástrofes, aquella repartición de sus miembros despedazados y sangrientos entre los déspotas que rugían como fieras: toda aquella pasión y muerte de la heroica Polonia, comparada á la Pasión y muerte de Cristo, dejó tal huella de sangre en la tierra y tal eco de maldiciones en la conciencia que temblaron los mismos verdugos al ver el cadáver y se enardecieron los pueblos en ira al sentirse entregados á todos los caprichos de la tiranía y á toda la fatalidad de la fuerza. Lo cierto es que la monarquía europea, tan poderosa antes, comenzó á decaer desde esta hora suprema. A Luis XIV sucedió un Rey como Luis XV, creído de que su autoridad tradicional estaba llamada á un juicio definitivo y á una condenación inapelable, pero deseoso de aplazar una y otra para después de su muerte y para su inmediato sucesor. La penetrante mirada de aquel Rey epicúreo, no podía desconocer la triste suerte de la secular institución que representaba. El espíritu moderno en unas partes había dudado acerca del derecho hereditario, y en otras lo había negado rotunda y definitivamente. Con esto la monarquía quedaba destruida. Muchas guerras de sucesión hubo en el mundo, pero ninguna tan funesta de suyo al principio monárquico como la guerra de sucesión en España. Los Reyes dudaron del mejor derecho cuando la ciencia comenzaba por llevar al sentido común la radical negación de ese derecho. Y con este suceso trascendental se abría un siglo que debía cerrarse con el ajusticiamiento de un Rey, elevado en brazos de sus antiguos vasallos á la ignominiosa guillotina. Tras la guerra de sucesión vino la paz de Utrech, provocada por exigencias europeas, y en la



Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

LUIS XV. JOVEN, SEGUN RETRATO DE LA EPOCA

paz de Utrech la diplomacia monárquica acabó de matar y de enterrar la monarquía antigua. Impusieronle á Felipe V por interés de los pueblos europeos, un holocausto que sacrificaba el derecho tradicional, un holocausto costoso á su corazón: la renuncia al trono de Francia, aunque el trono de Francia le tocara por derecho propio. La autoridad legítima y divina desaparecía ante la conveniencia nacional. Y ya se dibujaba entonces la decadencia en la persona del regente, epicúreo, ambicioso, incrédulo, adherido á los principios revolucionarios, indiferente con los religiosos; tan cercano al trono que casi lo poseía y lo gozaba, y tan enemigo del trono que ponía en sus bases toda la pólvora á cuyos estallidos iba á saltar en mil pedazos; la sangre real como la sangre de los Monarcas legítimos, y de instintos demagógicos como los últimos conspiradores plebeyos; nacido en los palacios y privado de la corona; tan rico en su grandeza como los mismos á quienes envidiaba y proscrito de toda supremacía por la fatalidad del nacimiento; circunstancias gravísimas conjuradas para producir la descomposición irremediable de la antigua monarquía francesa. Felipe V de España, inspirado por los consejos de su primer ministro Alberoni de Parma, y sintiendo en su mente los vapores que se elevaban del trono de esta tierra predestinada desde la aparición de la Reforma á ser la tierra por desgracia de la reacción europea, maquinó vastísimo plan, para el cual parecía haber fuerzas en el Imperio que aún llenaba entonces dos mundos con su sombra, maquinando la restauración del Catolicismo, la apoteosis del derecho hereditario, la expulsión del Regente en Francia, el restablecimiento de los Estuardos en Inglaterra, la venganza tomada de Alemania hasta azuzar en su contra la fiera del Norte que se llamó Carlos XII de Suecia, la persecución de todas las ideas enciclopedistas cuyo alcance adivinaba con esa previsión profética que Naturaleza concede á cuantos han de promover y ayudar una obra reaccionaria en el mundo.

Pero, abortado este plan y destruido el poder de Alberoni, la monarquía siguió su rápida decadencia. Lo mismo contribuyeron á ella los Reyes eminentes que los Reyes vulgares. Los vicios de los unos la quebrantaron, y la perdieron las ideas elevadas de los otros. Por de pronto, cuando, extinguida la casa de Orange, se apeló, por razón de su protestantismo, á la casa de Hannover, el Rey legítimo por la herencia, llamado pretendiente por el vulgo, su derecho herido y condenado en los campos de batalla, su persona caballeresca obligada á retirarse, su familia entera reducida á extinguirse en la emigración y á tener un sepulcro de mármol en San Pedro, todos estos hechos de un carácter tan dramático y de una trascendencia tan universal, eran los seguros indicios de una decadencia irremediable y de una muerte segura para la sacra legitimidad, sobre cuyos cimientos descansan las antiguas monarquías. Y así es que todos los hechos parecen vaciados completamente en esta decadencia universal como en su verdadero molde. Carlos VI de Austria desconoce el antiguo derecho hereditario, reuniendo por su testamento feudos adscritos á la línea varonil en una mujer, en su hija María Teresa. Carlos III desconoce los intereses de la autoridad y de la